



El encuentro con Dios en el grito. Aproximación a Job

Teresa Ruiz Ceberio

Job es el prototipo del creyente que, ante la dura y cruel adversidad instalado en su vida, eleva su grito al cielo pidiendo respuesta a su situación. Él se sabe justo, pero no acaba de integrar, por eso mismo, la convicción popular de que «Dios premia a los justos y castiga a los pecadores». ¿Quién falla ahí?

Ese grito desgarrador se constituye en una sincera oración. La oración del hombre que, desde la oscuridad en la que se ve inmerso, desde su «tocar fondo» existencial, puede abrirse a un nuevo rostro de Dios. Quizá verdadero hasta entonces ensombrecido por la existencia de Dios» que lo habían eclipsado.

Teresa Ruiz nos ayuda en el presente artículo a hacer este recorrido. De la mano de la Escritura por un lado, pero también con la otra mano asida al conocimiento real de personas concretas marcados por la experiencia del sufrimiento y que han realizado un camino vital muy cercano

Ante la vida humana amenazada... gritamos ¿por qué?

Todos los humanos deseamos vivir. La búsqueda de la felicidad es la manifestación más palpable de ese gran anhelo de permanecer siempre vivos. Pero esta felicidad se quiebra constantemente en nuestra existencia ante la aparición del dolor. Cuando todo parecía caminar en la línea de la armonía, con nosotros mismos, los otros, la naturaleza y Dios, de pronto irrumpe un obstáculo bajo la forma de la enfermedad, la depresión psíquica, el desajuste emocional, o la ruptura fraterna con su secuela de opresiones, violencias, guerras, genocidios, persecuciones, divisiones etc... También en la naturaleza sentimos los latigazos del mal: terremotos, tifones etc. A veces nos sentimos responsables de esos males, otras nos alcanzan sin que hayamos tomado parte en ello. Es el llamado sufrimiento de los inocentes, del que también participan los enfermos. Al sentir el dolor en la propia carne, nuestro ser entero se rebela, se resiste. La consciencia de ese mal injustamente padecido nos hace sufrir y clamar

¿por qué? Pregunta que brota de la impotencia, y al quedar tantas veces sin respuesta, genera el escándalo ante un Dios que se calla.

¿Dónde está Dios?, es el clamor que sigue espontáneamente a la experiencia del dolor injustamente padecido. Señal de la gran relación que vemos entre nuestro ser limitado, y la fuente de la que dimana nuestro vivir, fuente a la que espontáneamente aludimos al sentir atropellada o amenazada, la propia vida. Ante el grito se abren ante nosotros dos caminos: desesperar, «el desespero te mata» me decía hace poco un padre de familia abandonado por su mujer, o confiar. La decisión es personal, será la libertad quien elija y decida.

Abordo esta intervención con la convicción de que el sufrimiento, realidad inherente a nuestro ser de criatura es una oportunidad para crecer espiritualmente. Lo afirma Viktor Frankl desde la perspectiva psicológica, a partir de su terrible experiencia en el campo de exterminio nazi¹. Yo lo digo como seguidora de Jesús. Su vida, muerte, y resurrección nos dicen cómo dar sentido al dolor de los inocentes, dolor que Dios ni quiere ni permite, dolor acompañado y asumido por el Verbo Encarnado. Dolor del que Dios saca un bien para el que sufre, tal como ya se perfila a lo largo de todo el A.T., y sobre todo en el libro de Job. La aproximación a este personaje, símbolo de los inocentes que sufren en su propia carne y por eso gritan, nos puede ayudar a percibir cómo el sufrimiento, es mediación para el encuentro personal con Dios.²

Para confirmar tal afirmación, apporto el testimonio de una madre de familia, convertida a partir de una grave enfermedad.

He pasado por una enfermedad que me tuvo hospitalizada mucho tiempo. Fueron días de dolor físico y un ser abandonado por todas mis fuerzas. Tuve mucho tiempo para pensar y ver. «Creo firmemente que la enfermedad es un lugar teológico. Dios se acerca al hombre, viene a nuestro encuentro y nos hace experimentar en medio del dolor, dulzura y sentido de la vida. Es muy fuerte experimentar dulzura en medio del dolor pero es una gran realidad. De repente uno descubre que la vida es sencilla, está hecha de pocas verdades: respirar ver. amar contemplar desde la calma y la confianza de un niño en brazos de su padre. Experimentar que respirar y, ver son puro don de Dios, amar y confiar tarea nuestra.

Los cristianos creemos que en toda persona que sufre, conozca a Dios, le ignore o reniegue, está el Abbá, Padre Madre acompañándole, esperando siempre con los brazos tendidos que el paciente se deje amar y abrazar por Él, y encontrar de este modo el sentido a lo que parecía absurdo. Antes de llegar a esa cumbre hay que recorrer un largo proceso. La experiencia de Job, que precede a la de Jesús nos ofrece un camino, siempre actual.

Mirada desde el Dios amante, libre y liberador

Como discípulos de Jesús los aquí reunidos, queremos acompañar en el camino del dolor, a cuantos creyentes o no, sufren y tal vez se desesperan, bajo los efectos de una

¹ Viktor E. Frankl, El hombre doliente. Herder 1987. El hombre en busca de sentido. Herder 1986

² Gustavo Gutiérrez en su obra Job: El sufrimiento de los inocentes. Sígueme col. Pedal, Salamanca, ofrece una sencilla y sugerente interpretación sobre el contenido de este libro. Para un conocimiento más profundo es muy interesante el libro de Job de Schökel / J. Sicre. Cristiandad.

pérdida o deterioro personal a causa de la edad, enfermedad, u otra causa. Intentamos acompañar al paciente, en el largo proceso de maduración personal, que a veces la enfermedad propicia. Proceso que pasa por clamores y preguntas sin respuesta, que no obstante favorecen la ampliación de la consciencia y la apertura de la persona hacia un «Más allá de sí misma. que en definitiva le salva. Proceso que culmina en el encuentro con Dios, fuente y origen de nuestra existencia. Es la experiencia reflejada en Job.

Parto de la convicción de que toda persona por el hecho fe, a permanecer abierta a la fuente de la que dimana su vida, lo que en lenguaje filosófico entendemos por trascendencia y en teológico Dios. La fe es un componente de nuestra existencia del mismo modo que la inteligencia y la voluntad. Como dice Agustín «Nos has hecho Señor para ti y nuestro corazón está inquieto hasta conocerte a ti». Cuando esa posibilidad se actualiza y encarna, mediante un acto libre, decimos que se ha personalizado la fe.³ Job pasó de una fe heredada «Te conocía sólo de oídas» a la fe como experiencia personal «Ahora te han visto mis ojos». (Job 42,5). Por eso la figura de este legendario personaje puede ser punto de referencia para cuantos hoy, creyentes o no, gritan ante el dolor que injustamente les afecta. A veces la superficialidad, o la racionalidad nos impiden dar el paso hacia el acto de la fe. Pero ¿qué sucede, cuando la persona despojada en la muerte biológica de la actual forma de corporeidad, se encuentre por fin con la fuente de la que brota eso que llamamos vida? Entonces, liberada de la debilidad de la carne, le queda la posibilidad de realizar el acto supremo de la libertad: dejarse amar por los brazos del Padre-Madre, o encerrarse en sí misma y autodestruirse. El agnóstico elude esta última cuestión, se detiene en el umbral del misterio. Los cristianos nos fiamos de que al final del camino, no hay muerte sino vida, que al término de nuestra existencia terrena nos esperan los brazos amorosos del Padre-Madre «que hace salir su sol sobre malos y buenos y hace llover sobre justos e injustos» (Mt 5,45), y nos ama con ternura». «Aunque una madre olvide al hijo de sus entrañas, yo no te olvido» (Is 49,15).

A los que gritan como Job

¿Quién es Job? «Justo y honrado, religioso y apartado del mal», son los términos que utiliza el autor del libro que lleva su nombre para presentar al protagonista, como prototipo de la persona fiel al proyecto de la Alianza (Job 1,82,3). Según la sabiduría tradicional tal fidelidad se veía recompensada con abundancia de hijos / as, tierras y años. Pero la experiencia de la vida contradice la creencia secular. Hay inocentes que sufren injustamente. Ante la situación un gran creyente y poeta a un tiempo, tuvo la audacia de cuestionar la sabiduría tradicional, a partir de la leyenda de un tal Job, cuya resignación ante el mal queda reflejada en el relato en prosa al inicio de la obra, y su escándalo ante Dios, en el poema en verso que ocupa la mayor parte del libro, y constituye su núcleo.

El poema de Job pertenece al género llamado sapiencial. Su autor, un sabio, observa la naturaleza como obra del Creador, y ante el sufrimiento que quiebra el orden y la armonía inicial, pregunta, cuestiona, buscando una respuesta, hasta percibir en lo

³ Raimon Panikkar, La experiencia de Dios. PPC 1994, pp. 25-26.

más hondo de la realidad dolorosa, las huellas de una presencia amorosa que acompaña al que sufre y así puede éste al término de un proceso de maduración integral, que pasa por el progresivo ensanchamiento de la consciencia, y el crecimiento en libertad, echarse confiado en brazos de la oscura y misteriosa Realidad, fuente de la vida, Dios.

A lo largo de 28 capítulos, Job grita ante un Dios silencioso e incomprensible ¿Por qué, si es honrado y bueno se le priva de los bienes justamente adquiridos? Los males le han ido llenando por la mediación de Satán, personaje misterioso, que previamente ha pedido permiso a Dios para probar a su siervo, cuya gratitud quiere verificar. Sucesivamente caen sobre Job todo tipo de males: Robos, asesinatos, un rayo y un tifón, van acabando con la vida de todos sus hijos y bienes. Por último le llega la mayor de las pruebas, la que le afecta en su propia carne, la enfermedad. «Hiérole en su carne y en sus huesos y verás si continúa sirviéndote». Como secuela, el enfermo experimenta la soledad. Sus amigos no le comprenden y hasta su mujer le abandona. «¿ Todavía persistes en tu honradez? Maldice a Dios y muérete» (2,9) Job, al quedar sólo ante Dios con su dolor, le pide cuentas.

Desde el comienzo de la obra, y a través de la figura de Satán que pide permiso a Dios para actuar, se nos dice que la enfermedad, el sufrimiento, el dolor están controlados por el Creador. Nada escapa a su absoluto dominio del Universo aunque a veces, se muestre débil ante sus propias criaturas, a las que regaló la libertad, como prueba de su gran amor. Pero el Dios libre y liberador termina sacando el bien del mismo mal. A esta conclusión llegará Job. Al término de un largo proceso ve a Dios. «Ahora te han visto mis ojos» (Job 42,5), y adora al que de entrada consideró como verdugo.

Job, figura legendaria de un pueblo creyente ¿puede ser modelo de los hoy agnósticos o increyentes? Aunque inmerso en una cultura tradicionalmente religiosa, no obstante, sólo al final de un duro pelear con un Dios inicialmente «conocido de oídas», se deja encontrar por él, como un Tú personal; por eso me parece que la figura de este personaje puede convenir, a los inocentes que sean o no creyentes, sufren como víctimas de un mal no buscado ni querido.

El valor saludable del grito

El grito es la señal de que el recién nacido está vivo. El grito manifiesta a un tiempo nuestra impotencia y nuestra necesidad de que otros acudan en nuestro socorro. Ante el dolor supremo, a quien gritamos es al mismo Dios, como señal de que estamos hechos para Él, de Él venimos y a Él volvemos. Aunque muchas veces la racionalidad ahogue ese grito, por considerarlo infantil o poco maduro, está ahí como formando parte integrante de lo humano.

La Biblia está llena de gritos. Cuando son proclamados en la comunidad respondemos «Palabra de Dios», confesando nuestra fe en el Dios del Éxodo que escucha el grito de los afligidos. Pero cuando en lugar de leerlos en la Biblia, los escuchamos de boca de la persona desesperadamente una enfermedad física o psíquica, queremos acallar lo que al parecer Dios no reprueba, acoge. Lo que no se

grita se enquistada. Job nos anima a expresar nuestra desesperación, dejando escapar las preguntas que en momentos de gran dolor afloran en nuestro corazón.

Preguntas y más preguntas

El grito es la expresión de la impotencia humana, que reclama apoyo de alguien más fuerte, para vencer la desdicha que nos impide lograr, lo que más anhelamos: ser felices. Al percibir en el dolor que ese anhelo encuentra tantas resistencias, preguntamos ¿por qué? ¿qué he hecho yo para merecer esto? y continúa el rosario de preguntas y más preguntas. Ante la falta de respuesta, huimos refugiándonos en la superficialidad, o nos adentramos en las cuestiones radicales. Al buscar en nosotros lo que puede aportarnos algo de luz en el camino, nos hacemos más conscientes, de la hucha que va dejando dentro lo que viene de fuera, y al adentramos y a un tiempo descentrarnos vamos distinguiendo lo esencial de lo accesorio, lo único necesario, de lo múltiple superfluo. Poco a poco nuestro ser se unifica y simplifica. El mal que en un comienzo pareció destruimos, se convierte en fuente de energía y unificación. La madre de familia antes aludida nos dice: «La enfermedad penetra con sus dedos todo el organismo y atormenta el cuerpo. La enfermedad es lugar en el que se tratan y aclaran las cuestiones fundamentales de nuestra condición y nuestro destino. ¿quién soy? ¿por qué existo? ¿qué sentido tiene mi vida? ¿Por qué el dolor, por qué a mí? Entra la rebelión la irritabilidad hacia las personas que nos rodean y que no entienden los estados de ánimo del enfermo. Es difícil comprender el ritmo tan lento del enfermo, el cambio de la noción del tiempo, los distintos valores y las nuevas percepciones de las cosas y de las personas».

Desde el comienzo de la obra en verso, a partir del capítulo tercero, Job cambia de tono. Agresivo, irrumpe en la escena con sus gritos. A través de 28 capítulos se irán sucediendo, en forma de monólogos consigo mismo, o en tres diálogos sucesivos con cada uno de sus tres amigos. Éstos, defensores de la sabiduría tradicional intentan con sus teorías, sobre Dios y las causas del mal, acallar al enfermo, el cual bucea en sí mismo buscando una respuesta, al sin sentido de su mal. Al no encontrarla, desciende más y más hondo en su interioridad, al mismo tiempo que ensancha su mirada al mundo que le rodea.

- Entonces Job abrió la boca y maldijo su día diciendo ¡Muera! el día que nací, la noche que dije «han concebido un varón» (Job 3, 1) ¿Por qué dio a luz a un desgraciado y vida al que lo pasa en la amargura... lo que más temía me sucede, lo que más me aterraba me acontece, vivo sin paz, sin calma, en puro sobresalto 3,26-27).
- Llevo clavadas las flechas de Todopoderoso. Los terrores de Dios se han desplegado contra mí.
- «Hasta los amigos me abandonan (Job 6,14).
- Atribuye a Dios el cúmulo de los males que le aquejan: «Si he pecado ¿qué he hecho? Centinela del hombre ¿por qué me has tomado como blanco?» (Job 7,20.)

- Y al no entender que su Creador pueda comportarse él de esta forma, su grito roza la blasfemia: «soy inocente no me importa la vida, desprecio la existencia pero es lo mismo os lo juro, Dios acaba con inocentes y culpables» (Job 9,21)
- Su vida está rota y sin sentido: «Tus manos me formaron y ahora me aniquilas?» «¿porqué me llevas al país de las tinieblas y de la sombra?» (Job)
- Si todo termina aquí y lo pasa tan mal: «Que Dios se aparte de mí y tendría un instante de alegría» (Job 10,21)
- Aparece el sentimiento de culpa: ¡Cuántos! son mis pecados y mis culpas. «Demuéstrame mis delitos y pecados ¿Por qué ocultas tu rostro y me tratas como a enemigo? (Job 13,23-24)
- Se interroga ante el futuro de la vida: ¿Adónde va el hombre cuando expira? (Job 14,7-10) ¿muerto el varón, puede revivir? Lo aplastas para siempre y se va, sólo siente el tormento de su cama, la pena de su alma! (Job 14, 14; 20-22)
- Está sin esperanza: ¿Dónde ha quedado mi esperanza? ¿mi esperanza quien le ha visto? Bajaré a las puertas del abismo (Job 17,13-14).
- Le cuestiona la justicia de Dios: ¿Por qué siguen vivos los malvados y al envejecer se hacen más ricos? (Job 21, 7)
- Dios es un escándalo: «Qué sacamos con rezarle» ¿Quién es el todopoderoso? Dios guarda el castigo para sus hijos (Job 21,19).

El mayor dolor, cuando Dios calla

Job se encuentra con su vida vacía, le da vueltas y vueltas y no le ve sentido, no obstante indaga, pregunta, sin que Dios le responda. Y esta es la causa de su mayor sufrimiento, si le reclama y grita, es porque le necesita.

«Te pido auxilio y no me haces caso, me clavas la mirada. Te has vuelto mi verdugo... No lloré con el oprimido ... » (Job 30,20)

El mayor dolor de Job no está en la privación de sus bienes materiales, ni en el abandono de su mujer o la falta de comprensión de los amigos. Interpreta que tales pérdidas indican que Dios al cual siempre ha servido le ha dejado. Y por eso intenta recordar aquellos otros tiempos «de mi otoño cuando Dios era un íntimo en mi tienda» (Job 29,4) Ahora, todos, incluidos los amigos le abandonan.

«Ha soltado mi cuerda y me ha humillado y ellos se me sacan copias, se distancian, soy el tema de sus burlas, me aborrecen, se distancian de mí» (Job 30,9).

A medida que se adentra en su pena crece la añoranza del día, en que Dios era su íntimo. Poco a poco se acerca a lo más hondo de sí mismo, a esa zona personal donde todo está siempre en paz, donde se experimenta la existencia como regalada. En el capítulo 31 recorre su vida. Ha sido honrado, se ha ocupado de los pobres, los sencillos, pero mientras él padece, los injustos prosperan. ¿por qué si Dios es bueno le trata de modo tan injusto? No halla respuesta. Noche del sentido en frase de San Juan de la Cruz. Tiempo de desolación, de prueba que introduce más hondo en la espesura, en un intento de buscar algo de luz a las preguntas de la existencia. En la

noche, perdidos y desamparados agudizamos la vista y el oído, para estar a la escucha del menor sonido que desde fuera nos conduzca a un lugar donde estemos seguros, donde nos sintamos acogidos. A este gozo precede la angustia de vemos perdidos.

Cuando en el descenso se toca fondo

Recuerdo a este propósito el testimonio de un parálítico cerebral. Se había enamorado de una chica y al constatar la imposibilidad de poder casarse con ella clamaba desesperado, pero un día «toqué fondo, y entonces creí». No olvidaré aquella bellísima confesión de fe. Aquel muchacho joven, tan herido en su cuerpo, tan unificado en su corazón, logró acompasar armónicamente los desarticulados gestos de manos, cabeza, cara, ojos, con sonidos guturales brotados de una garganta a medias paralizada, para confesar públicamente lo que un día se le hizo ver, a Dios en el corazón de su mismo dolor.

¿Qué pasa cuando tocamos fondo? Asustados, caemos en la cuenta del peligro que nos acecha y buscamos salida buceando hacia arriba, hasta hallar el aire que nos hace vivir, un aire puro que está más allá de nuestras sombras. Al topar con nuestros propios límites, instintivamente, sentimos la necesidad de que alguien nos salve.

Job ha estado todo el tiempo reclamando la presencia de Dios para pedirle cuentas sobre su modo de conducir la marcha del mundo. Y por último le reta: ¡Ojalá hubiera quien me escuchara Aquí está mi firma! Que responda el Todopoderoso, que mi rival escriba su alegato, lo llevaría al hombro... Fin de los discursos de Job. (Job 31,40)

En este versículo Job pretende situarse de igual a igual ante Dios. Osadía de la criatura ante el Creador, expresión de la gran tentación de «ser como dioses» que anida en todo corazón humano, y manifiesta que hemos sido creados en libertad. Caer en la cuenta de ese mal de raíz que permanentemente nos acecha, nos pone en el camino de la salvación, que pasa por el reconocimiento de nuestra creaturidad, la reconciliación con nuestra finitud, fragilidad. A partir de ese momento Job, bucea en sí para ofrecer una respuesta válida al Creador que en el paseo por la Creación (cap. 38-41), le invita a observar, penetrar y explicar el misterio presente en la misma naturaleza.

La «escucha activa» desde lo hondo

A lo largo del proceso, Job, ha reclamado justicia. A Ha sido fiel a Dios, su vida no puede terminar en el lugar de los muertos. En su incesante búsqueda brilla un chispa de luz en su corazón. «Después que me arranquen la piel, ya sin carne veré a Dios» (Job 19,26) La expresión, reflejo de una visión griega de la inmortalidad, anticipo de lo que más tarde afirmará el libro de la Sabiduría «¡Los justos viven eternamente!» (Sb 5,15) parece querer decirnos que el anhelo de sobrevivir está injertado en nuestra misma naturaleza. Pero nuestro protagonista reclama respuestas más explícitas por parte del mismo Dios, que irrumpe por fin en la escena para dialogar con su criatura. Con una pedagogía propia de los sabios, el Señor interpela a quien previamente le ha retado

«Si eres hombre cíñete los lomos voy a interrogarte y tú responderás». ¿Dónde estabas cuando cimenté la tierra etc.

¿Has examinado la anchura de la tierra? Cuéntamelo si lo sabes.

¿Por dónde se va a casa de la luz y dónde viven las tinieblas? ¿Podrías conducirías a su país...

Lo sabrás pues ya habías nacido entonces...

¿Quién da al asno salvaje su libertad, y suelta la ataduras del onagro?

¿Enseñas tú a volar al halcón, a desplegar sus alas hacia el sur?... (Job 38-40)

Siguiendo la invitación Job contempla admirado y paso a paso la belleza y grandeza de la naturaleza inanimada, animada ... Le asombra y sobrecoge el misterio presente en todo. No tiene respuestas para explicar el origen y funcionamiento de tanta maravilla. Se calla. En la escucha, percibe en la libertad de las criaturas al Dios libre y liberador. El caballo corre, las aves vuelan y hasta el cocodrilo y el hipopótamo pueden atemorizar a los humanos sin que Dios intervenga. No obstante son sus criaturas. Nada sucede sin que El lo sepa. Grandeza de la libertad de Dios, presente en toda la Creación. Grandeza de la libertad humana, regalo del Creador, que ha querido hacernos responsables de su misma creación, y nos deja en libertad para encaramos con Él, para rechazarle o aceptarle. Grandeza, y profundo misterio a un tiempo, que hace exclamar a Job «Me siento pequeño ¿qué replicaré?» (40,4). Al final de su carrera el enfermo acepta ser lo que es, criatura. Deja que Dios sea Dios.

Asombrado por tanta maravilla y misterio, el que tanto había gritado se calla al fin, «¡hablé si entender de maravillas que superan mi comprensión! (Job 42,3). La frase precede inmediatamente a la confesión de la fe «Ahora te han visto mis ojos» (Job 42,4). Para ver ahora, lo que antes no veía, ha sido preciso un previo descentramiento, favorecido por la pérdida y el duelo.

Ojos limpios, purificados por el dolor

Son los ojos de Job los que se han ido purificando para ver lo que antes no veía. En la medida en que mira sin prejuicios, como hacen los niños, comienza a percibir y descubrir maravillas hasta entonces ignoradas. Al intentar explicarlas se queda sin respuesta. Sólo cabe el asombro, la admiración y la adoración del Creador. El largo duelo anteriormente padecido ha ido limpiando su vista y sobre todo su corazón. Poco a poco ha ido pasando de la autosuficiencia, a la sencillez y pobreza.

Job terminará viendo a Dios, en su mismo dolor y sufrimiento. Sus ojos ya purificados caerán en la cuenta de que Él ha estado acompañándole a lo largo de todo el proceso, aunque antes, centrado en su propio sufrimiento no pudo fijar la mirada en un más allá de sí mismo. Llorar, gritar, clamar escandalizado todo eso ha sido necesario para percibir que la respuesta no está en uno mismo, que el dolor nos desborda, que no podemos entender su misterio, que toda pérdida nos pone en la búsqueda de lo esencial, y nos conduce a la paz y la serenidad que siempre brillan en lo más hondo de nuestro corazón. En ese hondón percibe que su dolor ha estado acompañado por el Creador, Señor de la Vida. Vida que en la naturaleza brota permanentemente de una muerte. Dios está con los que sufren. Experiencia clave

desde el Éxodo, que Jesús, heredero de la fe judía confirmará, con su vida, muerte y resurrección.

No se puede ver a Dios sin morir, leemos en la Biblia. La experiencia de Job señala la mediación purificadora del sufrimiento. El dolor al cuestionamos profundamente nos va abriendo y abriendo, y en ese proceso de descentramiento nos realizamos como personas llamadas a vivir en relación. «Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (Mt 5, 8). El dolor purifica porque unifica a la persona y la abre al amor.

En Job se refleja, el proceso que según Elisabeth Kübler, atraviesa la persona a la que se le ha diagnosticado una enfermedad incurable: resistencia, escándalo, repliegue, depresión, apertura, aceptación e integración. La doctora, acusa la falta de personas capaces de acompañar a los que sufren en este proceso. Cuando estos necesitan gritar, acallamos animando a la curación. Cuando acepta morir, y quieren compartir su vivencia, les invitamos a continuar viviendo. Reclaman compañía y las dejamos solas

«Para el enfermo es la lealtad de los amigos, aunque olvide el temor del Todopoderoso: pero mis hermanos me traicionan como un torrente» (Job 6,14).

Ahora te han visto mis ojos

El poema termina con la confesión de fe de Job «Te conocía sólo de oídas, ahora te han visto mis ojos» (Job 42,5). A lo largo de 28 capítulos, Job ha estado buscando entre lágrimas y gritos una respuesta a su desesperada situación. Durante otros 3 se ha dejado enseñar por Dios presente en la naturaleza, y en una breve frase queda condensado todo el proceso de la fe. «Ahora te han visto mis ojos». Este momento ha estado precedido de un largo y necesario tiempo de búsqueda personal para hallar algo de luz al sin sentido de su dolor. Los lamentos y las preguntas formuladas hasta ahora, le han permitido adentrarse en el «en sí mismo», ese espacio que nos constituye, en el que tocamos el misterio que somos, y al aceptarnos como «recibidos» sentimos paz y gozo inmenso. En ese fondo más hondo a nosotros, que nosotros mismos se juega nuestro futuro, nuestra felicidad. O nos abrimos o nos cerramos, tan razonable es una opción como la otra. Es el momento supremo de la libertad, de la opción fundamental: o poseemos a nosotros mismos, o aceptamos recibidos desde «Otro». Job, decidió abrirse, se fió, se dejó amar, abrazar.

Job en el paseo por la naturaleza (Job 38-41) ha visto a Dios:

- En el hecho de mantenerle vivo y con fuerzas, hasta para gritarle.
- En las maravillas y misterio, presente en la misma naturaleza.
- En la libertad de los seres animados, criaturas todas de un Dios libre que nos permite gritarle escandalizados, y al mismo tiempo Dios liberador, cuya presencia acompaña al que sufre hasta ayudarlo a percibir la fuente de la que mana su verdadera dicha, al Dios de la Vida que la regala permanente y gratuitamente. El reconocimiento de tan gran amor calma a Job.
- En el misterio de la vida que en la naturaleza, es siempre fruto de una muerte.

Job en su propia carne herida ha percibido al Dios de la Vida.

De las imágenes de Dios a la experiencia de Dios

Job es testigo del paso que todos necesitamos realizar, de la «imagen de Dios» fabricada por nosotros mismos, a la experiencia de Dios. Paso que requiere un largo proceso. Al parecer en la configuración de la imagen de Dios intervienen las figuras simbólicas, de la madre en un primer momento y del padre más tarde. Según dice Vergote en su estudio sobre la psicología religiosa⁴, la imagen más primitiva que personalmente nos hacemos de Dios toma los rasgos de una madre omnipotente, a quien acudimos y de quien esperamos protección y apoyo incondicional en todas nuestras necesidades. Imagen que se refleja en el grito espontáneo del «Dios mío», ante la vida amenazada, y también en el escándalo de su silencio ante nuestras demandas. Imagen falsa de Dios, fabricada por nosotros mismos. El sufrimiento, parece jugar la figura simbólica del padre, que al interferirse entre la madre y el hijo, favorece que éste afronte la realidad de la vida y crezca en libertad. El dolor al quebrar la falsa imagen de Dios nos pone en el camino de acceder a Dios como misterio, como realidad totalmente otra, que se nos ha ido revelando en la Biblia bajo las metáforas del padre y de la madre.

En el relato de Job, el sufrimiento es la mediación por el que vamos accediendo en libertad al Dios inaccesible que sólo podemos conocer por revelación, porque desborda cuanto podemos soñar de Él. Por eso es Dios. Job le conocía a través de las imágenes que otros le habían comunicado. Fe heredada, apoyada en una cultura familiar. Ahora tiene experiencia, es decir ha experimentado en su propia existencia las huellas de una presencia amorosa, que le acompaña siempre como parte integrante de su mismo ser y le mantiene vivo, y libre para resistirle, gritarle y entregarse en sus brazos. Job se hace consciente de esa presencia. Ha encontrado al fin lo que buscaba, a Dios mismo. Al aceptarse criatura se le revela el Creador y su respuesta agradecida será la adoración. El sufrimiento ha sido y es, el crisol del amor. Desde esta experiencia, vuelve de nuevo la felicidad al hogar del hombre tan probado. Tras la prueba «¡El Señor bendijo a Job!» (Job 42,12).

La enferma anteriormente citada describe así su encuentro, con un Tú personal.

«Pero sobre todo se hace presente una presencia, un Tú que nos acompaña que es fiel, no juzga y nos invita a un cambio existencial. Es como una suave brisa de esperanza, de paz, de armonía. Ya Dios no es un Dios teórico, sino Dios personal, que siempre está dispuesto a nuestro lado y quiere llevarnos al desierto para hablar al corazón y volver a hacer una alianza de amor con nosotros y, destinarnos a reproducir en el mundo una imagen de Dios, o sea de amor por el ejercicio de la conciencia y de la libertad que nos hace persona.»

La adoración como respuesta

Ante Dios la única postura válida es la adoración, hecha de asombro, de agradecimiento, de confianza. El salterio, expresión orante de la historia de un pueblo creyente, culmina en la alabanza, pero esta cumbre viene precedida por

⁴ A. Vergote, ¡Psicología religiosa! Taurus 1969, pp. 187 a 242.

muchos salmos de súplica, de intercesión, en los que se acumulan los gritos de dolor. El pueblo de Israel nos enseña que Dios no se escandaliza por nuestros gritos, los escucha y llora con nosotros. Como Padre-Madre se compadece de nosotros al mismo tiempo que no nos salva sin nosotros. Cuenta Elia Huyese que en el Midrash hay un relato en el que Dios derrama dos lágrimas cuando muere un hombre. Esas lágrimas caen en el océano y producen tal estruendo que se puede oír de un horizonte a otro. ¿Y en Auschwitz? ¿Dónde estaba Dios en Auschwitz? ¿No pudimos oír sus lágrimas porque no habíamos llorado lo suficiente?⁵ Cuando gritamos y lloramos Dios padece con nosotros, aunque nuestro grito no vaya explícitamente dirigido a Él como nos refiere el libro del Éxodo. Ante la vida recuperada, y como acción de gracias, le alabamos. El sufrimiento nos prepara a gritar y también a cantar. Es precioso a este propósito el testimonio del protagonista de la película «La vida es bella». Para evitar que su hijo pequeño, también prisionero, sufra los horrores del campo de concentración, logra hacer del mismo sufrimiento el soporte de un juego que alegrará al niño. Y como parte del mismo, cuando al final el padre sea conducido al lugar de su ejecución, pasará bailando, sonriendo y haciendo un signo de victoria, ante los ojos asombrados y gozosos del pequeño. El amor es la clave para transformar el mal en bien. La película, una parábola sobre el dolor, concluye diciendo que el sufrimiento es la oportunidad para una entrega, un sacrificio. Es también la que señala Viktor Frankl en su obra *El hombre doliente*.⁶

¿Cómo acompañar en el proceso?

Compartiendo el grito

Comenta Viktor Frankl que el amor es lo que da sentido al dolor y permite asumirlo. Él, para sobrevivir en el campo de concentración, recordaba el amor de su mujer recluida en otro. Si amor hacia los que sufren tomará la forma de la compasión, cuando compartamos sus mismos gritos.

Una cosa es lástima y otra compasión. En el poema de Job, sus amigos sienten lástima del enfermo y buscan ayudarlo a base de consejos pronunciados desde fuera, desde la teoría, desde arriba. Hasta se atreven a juzgar las motivaciones por las que su amigo sufre. Por salvar a Dios, acallan al que le grita y hasta le acusan de pecador. Sus oídos no pueden escuchar tales quejas. Lo que defienden al actuar de este modo es su propia imagen de Dios, lo manejan. Hablan de Él de oídas. Puede ocurrirnos, y de hecho ocurre con frecuencia, que en nuestros acompañamientos a los enfermos acallemos sus quejas al cielo, con discursos sobre la bondad del Creador. Los gritos de escándalo que brotan del dolor ante un Dios que parece cruel asustan nuestros oídos ¿Por qué? ¿Porque aún no hemos gritado a Dios escandalizados ante nuestro dolor propio? ¿Porque tal vez funcionamos con imágenes de Dios fabricadas por nosotros mismos?

!Qué necesario! es, a este respecto, tomar conciencia de nuestros propios miedos y, gritos ante el dolor que a otros hace sufrir tanto. Las actuales dinámicas para asumir el dolor y la muerte en uno mismo son muy oportunas para acompañar en el duelo.

⁵ Elie Wiesel, ¡Esperar a pesar de todo! Trotta 1996, pp. 102.

⁶ Viktor Frankl oo.cc. *El hombre doliente*

La propia experiencia nos dice que lo más adecuado es callar y acompañar en silencio al que está padeciendo. Cuando uno ha sufrido se calla ante el misterio de lo que puede estar sucediendo en el interior del enfermo. Misterio de purificación largo, lento, como preparación de un encuentro que puede desembocar en vida. Podemos favorecerlo, si logramos acompañar a los que sufren como el mismo Dios lo hace con Job, con una presencia silenciosa, pero amorosa, creyendo que la vida del resucitado presente en ese enfermo crucificado es más fuerte que la muerte, y pasa más allá de la misma muerte biológica.

De nuevo evoco el testimonio de la ya citada madre de familia.

«Del dolor físico se pasa enseguida a un mal moral que asola el espíritu. Se empieza a experimentar una realidad existencial, una tristeza existencial, una angustia existencial. Cuando el enfermo trata de explicar sus sentimientos desde el hondón, resulta amenazante para la familia, los amigos porque les toca sus fundamentos existenciales y no son capaces de acompañar al desconsolado o incluso gemido existencial del enfermo, no reconocen en ese grito al Dios de la vida actuando y sanando las raíces del mal. Con buena intención intentan distraer al paciente con mentiras piadosas, conversaciones superficiales que aburren y cansan al enfermo y lo sumen en una experiencia más profunda todavía de soledad y de abandono».

Con la esperanza en el Dios de la vida

La esperanza brota de la fe. Es distinto a optimismo. Quiero decir, que esperar significa creer que cada uno de los enfermos que acompañamos está en proceso y camino hacia el encuentro con Dios. Aunque nosotros no veamos señales, sabemos a partir de la experiencia de Job, que Dios está ahí vigilante, presente en el que grita, y a partir de Jesús añadimos, gritando en el que grita, identificado con los que sufren, y resucitándolos como resucitó a su Hijo. Nuestra esperanza es al mismo tiempo activa, es decir actúa, trabaja pone el granito de arena. Conocemos el camino, trazado por el Evangelio.

Como seguidores del crucificado resucitado nuestro acompañamiento a los que sufren tenderá a evitar el dolor por todos los medios a nuestro alcance. Y cuando éste se haga inevitable, intentaremos como lo hacía Jesús, llorar con los que lloran, y gritar confiando al mismo tiempo en el Abbá, Padre-Madre que mantiene en sus brazos al enfermo aunque éste aún no pueda verle. Cada enfermo es un terreno sagrado en el que Dios puede ser visto como «novedad», como «Buena Noticia». Aunque nosotros no percibamos señal alguna, la esperanza nos dice que el dolor es el crisol del amor. Nuestra presencia, respeto silencioso, ternura, mirada cariñosa y envolvente, pueden ser la señal del amor encamado de Dios, a quién vemos identificado con el que sufre, esperando el momento en que la persona doliente, tras vencer resistencias y miedos, se deje abrazar por Él. Esa es nuestra gran esperanza. Esperanza que implica paciencia, confianza, larga espera, como la de Dios, y confianza, mucha confianza.

A veces por falta de esperanza queremos atropellar los ritmos personales, y aturdimos a los enfermos con discursos sin sentido como lo hacían los amigos de Job. Al final del relato Cuando el Señor terminó de hablar con Job, se dirigió a Elifaz, de

Temán, el mayor de los tres amigos: «Estoy irritado contra ti y tus dos compañeros porque no habéis hablado rectamente de mí como lo ha hecho mi siervo Job» (Job 42,7). La esperanza cree que allá donde percibimos grito y dolor está ya actuando la vida. Y por lo tanto trabajamos para evitar el sufrimiento que Dios no quiere. Cuando a pesar de todo se hace inevitable, lo abrazamos confiando en el Abbá, Padre-Madre, que resucitó a Jesús y resucita a cuantos se dejen amar por Él.

PUBLICADO EN LABOR HOSPITALARIA N.º 254